

le Umbral



La luz de tu conciencia

De Mi Libro de Cuentos

THE UMBRAL



Fausto despertó en un lugar donde el tiempo parecía haberse detenido. A su alrededor, una niebla espesa y silenciosa se movía lentamente, como si respirara. El aire olía a cera vieja y tierra húmeda, y bajo sus pies sentía un suelo de piedras lisas y frías que crujían con cada movimiento.



De pronto, una figura emergió de la penumbra, envuelta en una capa de plumas oscuras que brillaban con un tenue resplandor azulado, como alas de cuervo bajo la luz de la luna. —¿Dónde estoy? —preguntó Fausto, su voz resonando de manera extraña en aquel espacio vacío. La figura, cuyo rostro permanecía oculto en las sombras, respondió: —Estás en el Umbral, Fausto. Un lugar para quienes no están preparados ni para el cielo ni para el infierno.



Fausto sintió un escalofrío al escuchar su nombre. La figura continuó: — Tienes una oportunidad única para enmendar tus errores. ¿Quieres cambiar las cosas que hiciste mal? El corazón de Fausto se aceleró.

UMBRAL



Recordó sus últimos días en el hospital, solo, abandonado por todos aquellos por quienes había trabajado incansablemente. Recordó a sus hijos que no fueron a despedirse, a su exesposa que dejó de visitarlo. —Sí... sí quiero cambiar las cosas —respondió con voz quebrada—. Siento profundamente no haber sido mejor padre, mejor esposo, mejor persona.

UMBRAL



La figura extendió una mano huesuda que sostenía un candelabro de plata antiguo. La vela que llevaba ardía con una llama violeta que emitía más sombras que luz. —Este es tu tiempo, Fausto. Llévalo a través del pasillo. Cada puerta que encuentres contendrá un momento crucial de tu vida.

—Si te detienes y usas esta luz para iluminar tus errores, podrás cambiarlos. Pero cuidado —la voz de la figura se hizo más grave—, si la llama se apaga antes de que completes tu camino, perderás esta oportunidad para siempre. Fausto tomó el candelabro con manos temblorosas. Notó que la cera ya estaba derritiéndose, goteando lentamente sobre sus dedos.



El pasillo se extendía interminable ante él, con paredes de un material negro que absorbía la luz. A su izquierda, apareció la primera puerta, de madera vieja y agrietada. Al abrirla, Fausto se encontró en su antigua oficina. Allí estaba su yo más joven, enfocado en unos documentos, mientras su hijo Marco, de apenas ocho años, intentaba mostrarle un dibujo.



—Papá, mira lo que hice en la escuela hoy —decía el niño con entusiasmo. —
No ahora, Marco. Estoy ocupado —
respondió el Fausto del pasado sin
levantar la vista. Fausto sintió un dolor
en el pecho al ver la expresión de
decepción en el rostro de su hijo. La
llama de su vela parpadeó, invitándolo a
entrar, a cambiar ese momento. Pero el
miedo a perder su única oportunidad lo
paralizó.



Cerró la puerta con fuerza y continuó su camino. La vela ahora ardía un poco más baja. La segunda puerta era de cristal empañado. A través de ella, vio a su hija Sofía, adolescente, dejando un sobre sobre su escritorio. —Es mi solicitud para la universidad, papá. Necesito que la firmes —explicaba.



El Fausto del recuerdo ni siquiera levantó la vista de su computadora. La llama de la vela titiló con fuerza, casi suplicándole que interviniera. Fausto sintió las lágrimas brotar en sus ojos, pero siguió adelante. La cera seguía derritiéndose.

PASILLO DEL UMBRAL



Cada nueva puerta era más dolorosa que la anterior: su esposa Claudia llorando en silencio mientras empacaba sus maletas, su mejor amigo de la universidad esperando inútilmente en un café que Fausto nunca llegó a visitar, su madre anciana pasando sola su último cumpleaños. En cada ocasión, la vela le ofrecía su luz para cambiar esos momentos, pero Fausto, cegado por el miedo y la prisa, seguía adelante. La llama se hacía cada vez más débil, más tenue.



Cuando finalmente llegó al final del pasillo, la vela no era más que un pequeño cabo que apenas iluminaba su propio rostro. La Figura de Plumas estaba allí esperándolo. —Fausto —dijo con una mezcla de tristeza y decepción—, esta llama era tu conciencia, tu oportunidad de redención. Si te hubieras detenido, habrías transformado tu destino. El miedo te paralizó, como en vida. Y ahora, como entonces, elegiste la prisa sobre el amor. En ese momento, la última gota de cera cayó. La llama se extinguió con un susurro. La oscuridad los envolvió a ambos, y lo último que escuchó Fausto fue la voz de la figura

31. El hombre que vendió su alma al diablo

